

*“Desarrollo sostenible”
o control democrático
de las fuerzas
productivas.*

*Del maquillaje ambiental del modo de
producción capitalista a una nueva
relación del hombre con la naturaleza*

José Ramón Mendoza

Cuadernos de Pensamiento Crítico
Mayo 2009

Nº 2

Índice General

1 Introducción

2 Desarrollo sostenible: un término de éxito

3 Churras por merinas

4 Capitalismo “verde”

5 Romper con todo lo anterior

6 La otra cara de la moneda

7 Evaluar el modelo desde una perspectiva diferente

8 Capitalismo, naturaleza y ecología

9 ¿Cómo salir? La versión romántica y la técnica

10 ¿Cómo salir? Más allá del reformismo

El origen de este texto fue una aportación presentada en la jornada celebrada por el *Foro de Opinión y Debate* en Hoyo de Manzanares en el mes de abril de 2008 y en la que colaboró **Julián Sánchez Urrea**.

La actual redacción proviene del texto de aquella intervención, una vez revisado y ampliado, entre Marzo y Abril de 2009 y que para esta edición ha sido corregido por **Susana Simón Tenorio**.

Una versión reducida del mismo fue publicada en cuatro partes en la publicación mensual *La Voz de Torrelodones y Hoyo de Manzanares* durante los meses de mayo, junio, julio y agosto de 2008.

Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido de esta publicación siempre que se cite la fuente y el autor.

Desarrollo sostenible o control democrático de las fuerzas productivas

Del maquillaje ambiental del modo de producción capitalista a
una nueva relación del hombre con la naturaleza [\[1\]](#)

Jose Ramón Mendoza

Hoyo de Manzanares (Madrid), 2009.

1 Introducción

La expresión *desarrollo sostenible* si nueva en cuanto a tal, no lo es tanto en cuanto a idea ya que desde la Ilustración y más aún con el auge del estudio de las Ciencias Naturales y especialmente con el nacimiento del naturalismo conservacionista del siglo XIX y primeros del XX, se pueden encontrar elementos incipientes de lo que, en los años sesenta y setenta del siglo pasado, empezó a tomar forma hasta que la expresión se hizo universal.

Hablar de no comprometer el futuro a las generaciones venideras no es nuevo; como señala **Foster** (2000), ya **Marx** ponía especial énfasis en el hecho de que es necesario conservar la naturaleza para que «la cadena de las generaciones humanas» pueda seguir existiendo[\[2\]](#).

Lo anterior no constituye una frase suelta, o un pensamiento aislado en su elaboración teórica, también en *El Capital* **Marx** (1867) expresa la definición de lo que ahora se ha dado en llamar *desarrollo sostenible* cuando dice que:

«el trato consciente y racional de la tierra como propiedad comunal permanente [...] es la condición inalienable para la existencia y reproducción de la cadena de generaciones humanas.»

El Capital, **Marx**, 1867

Marx ya comenzó a definir una relación sostenible del hombre con la naturaleza que, yendo más allá de la cuestión de la tierra, se basaba en que debía regirse por el principio del mantenimiento, e incluso de la mejora del medio ambiente, para asegurar el bienestar de las generaciones futuras. Foster en *La Ecología de Marx* recoge el siguiente pasaje de *El Capital* al que califica de «verdaderamente notable»:

Mirada desde una formación económica superior, la propiedad privada de la tierra en manos de determinados individuos parecerá tan absurda como la propiedad privada que un hombre posea de otros hombres. Ni siquiera una sociedad o nación entera, ni el conjunto de todas las sociedades que existen simultáneamente son propietarios de la tierra. Son simplemente sus poseedores, sus beneficiarios, y tienen que legarla en un estado mejorado a las generaciones que les suceden, como boni patres familias [buenos padres de familia]

El Capital, **Marx**, 1867

Con expresiones más románticas y poéticas **Marx**, que como **Engels**, nunca utilizaron el término de desarrollo sostenible o de sostenibilidad, ya captaba y avanzaba hace 150 años la noción de desarrollo sostenible de manera similar que no idéntica a como la define el *Informe Bruntland* que, al contrario que Marx, exagera y pone el énfasis del concepto de desarrollo sostenible en la importancia del crecimiento económico.

En momentos mucho más recientes, el desarrollo sostenible tuvo como predecesor el concepto de *ecodesarrollo* que nació como una orientación de estrategias de desarrollo regional, especialmente adaptado a las áreas tropicales rurales, y que se convirtió rápidamente en un término para definir proyectos de desarrollo integral ecológicamente racionales.

Pero no se quedó ahí. El concepto de *ecodesarrollo* pasó a definir un modelo de desarrollo más igualitario y menos dependiente, basado en una mayor racionalidad social y ambiental para el manejo de los recursos y el espacio, utilizando para ello diseños ecológicamente viables en la planificación del desarrollo económico, con aplicación de tecnologías ambientalmente adecuadas y buscando asimismo un mayor control democrático y una mayor participación popular en las decisiones sobre el ambiente físico y social de los más directamente afectados.

El concepto de *ecodesarrollo* fue formulado por primera vez por **Maurice Strong**, director ejecutivo del *Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA)* que, al parecer, lo hizo en la primera reunión del consejo de administración de este programa celebrada en junio de 1973. El término no tuvo, sin embargo, mucho éxito. Su desaparición de la terminología habitual de los ambientes y debates de economía y ecología fue consecuencia directa de la oposición que al mismo ejerció **Henry Kissinger**, por entonces Secretario de Estado de Estados Unidos.

José Manuel Naredo narra el origen y el final del término *ecodesarrollo* y el porqué fue sustituido por el de *desarrollo sostenible*:

*Cuando a principios de la década de los setenta el Primer Informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento, junto con otras publicaciones y acontecimientos, pusieron en tela de juicio la viabilidad del crecimiento como objetivo económico planetario, **Ignacy Sachs** (consultor de Naciones Unidas para temas de medioambiente y desarrollo) propuso la palabra *ecodesarrollo* como término de compromiso que buscaba*

*conciliar el aumento de la producción, que tan perentoriamente reclamaban los países del Tercer Mundo, con el respeto a los ecosistemas necesario para mantener las condiciones de habitabilidad de la Tierra. Este término empezó a utilizarse en los círculos internacionales relacionados con el 'medioambiente' y el 'desarrollo', dando lugar a un episodio que vaticinó su suerte. Se trata de la declaración en su día llamada de Cocoyoc, por haberse elaborado en un seminario promovido por las Naciones Unidas al más alto nivel, con la participación de **Sachs**, que tuvo lugar en 1974 en el lujoso hotel de ese nombre, cerca de Cuernavaca, en Méjico. El propio presidente de Méjico, Echeverría, suscribió y presentó a la prensa las resoluciones de Cocoyoc, que hacían suyo el término ecodesarrollo. Unos días más tarde, según recuerda **Sachs** en una reciente entrevista, **Henry Kissinger** manifestó, como jefe de la diplomacia norteamericana, su desaprobación del texto en un telegrama enviado al presidente del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente: había que retocar el vocabulario y, más concretamente, el término ecodesarrollo que quedó así vetado en estos foros. Lo sustituyó más tarde aquel otro del desarrollo sostenible, que los economistas más convencionales podían aceptar sin recelo, al confundirse con el desarrollo autosostenido [sustained growth] introducido tiempo atrás por **Rostow** y barajado profusamente por los economistas que se ocupaban del desarrollo. Sostenido [sustained] o sostenible [sustainable], se trataba de seguir promoviendo el desarrollo tal y como lo venía entendiendo la comunidad de los economistas. Poco importa que algún autor como **Daly** matizara que para él desarrollo sostenible es «desarrollo sin crecimiento», contradiciendo la acepción común de desarrollo que figura en los diccionarios estrechamente vinculada al crecimiento.*

Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible, **Naredo**, 1997

Quizás por lo que llevaba en su interior de igualitario e independiente, el término *ecodesarrollo* pasó a mejor vida.

Fue *Nuestro futuro común. El porvenir de todos nosotros*» de la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo de las Naciones Unidas, conocido como Informe Brundtland y elaborado en 1987[3] el que introdujo el concepto de desarrollo sostenible, definiéndolo como «aquel que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades»[4] lo que implica una responsabilidad intergeneracional al plantearlo como «un nuevo sendero».

A partir de entonces se generalizó el propósito de hacer más sostenible el desarrollo económico sin abandonar el modelo de producción dominante, lo que contribuyó de manera espectacular a que el término "desarrollo económico" tuviera una difusión sin límites y adquiriera una aceptación generalizada.

2 Desarrollo sostenible: un término de éxito

El éxito de aceptación que ha tenido y actualmente tiene el término desarrollo sostenible es consecuencia de la deliberada y controlada dosis de ambigüedad -al contrario de la rotundidad que el autor de *El Capital* expresa en la cita anterior- que en sí misma tiene esta expresión; tanto por ofrecer a unos y a otros actores y

gestores económicos, sociales y políticos del sistema de producción capitalista la posibilidad de contentar a casi todo el mundo (ecologistas y desarrollistas, conservacionistas y productivistas, ...) como porque permite establecer un puente sobre el abismo que, en los años setenta, se abrió entre ellos. Asimismo, gran parte del éxito de su aceptación radica también en el hecho de, como señala **Naredo** (2001), «haber llevado la síntesis del conflicto entre conservación y desarrollo, o entre ecología y economía, hacia el ámbito conceptual de esta última» y así, vaciarla de contenido para que cada uno viera en él lo que quisiera ver, u otros quisieran que se viera. En la práctica, se estaba fortaleciendo y se fortaleció la fe y la confianza en los beneficios del desarrollo y el crecimiento económico, haciendo que las aguas volvieran a sus cauces originales (que no son otros que aquellos en los que el razonamiento del beneficio económico continúa siendo hegemónico ideológica, política y culturalmente) y legitimando la obtención de beneficios por parte del capital como principal eje conductor de cualquier política económica y ambiental.

Se trata por tanto de una declaración de intenciones, o de doble intención que se convierte más en una palabra vacía que en un concepto, estratégico y táctico, formalizado para su aplicación. Término y concepto, uno y otro empleados de forma pasiva ya que el propio *Informe Brundtland* no precisa y ni siquiera esboza, quizás de manera consciente, quiénes han de ser los sujetos transformadores de la realidad[5].

El éxito alcanzado por los términos desarrollo sostenible, desarrollo sustentable y sostenibilidad lo ha sido a costa de su propia inoperancia; y gracias a ella su aceptación generalizada fue posible a base de vaciar el concepto de su contenido, de hacerlo tan poco concreto que, por unas u otras razones, fuera aceptado por todos sin suponer un problema para nadie y especialmente para el beneficio económico.

Se ha elaborado así a un discurso institucional de desarrollo sostenible que supone la construcción de un sistema de conceptos para abordar la crisis ecológica que, además de estar lleno de contradicciones, está significando el establecimiento -la continuación con otros nombres se podría decir- de una política económica y ambiental que no sólo no palia, sino que contribuye a un continuo y acelerado incremento de las desigualdades sociales, tanto entre clases, como entre países y regiones y a la destrucción de los recursos naturales, especialmente en los países llamados de la periferia.

Esta “sostenibilidad”, junto con lo que se ha dado en llamar desarrollo sostenible, ha sido y es enarbolada por personas y formaciones políticas tanto de izquierdas como de derechas, por empresarios y sindicatos. Incluso ha sido asumido e incorporado de manera acrítica a sus programas por partidos y organizaciones de la izquierda alternativa y transformadora[6]. Izquierda que no podrá defender de manera positiva los intereses de las clases trabajadoras y menos transformar y/o cambiar la sociedad tanto, si no se define sobre los problemas ecológicos como sobre todo, si no lo hace superando el concepto de desarrollo sostenible tal como

es utilizado por los partidos socialdemócratas, verdes, conservadores y liberales; unos y otros defensores, cuando no adalides, del libre mercado y del modo de producción capitalista y que utilizan el término como mucho para paliar las consecuencias ecológicas del mismo ya que, desde hace unos cuantos años, se considera políticamente incorrecto no mostrar algún tipo de sensibilidad ecológica o no decir que determinados modelos de desarrollo, actuación urbanística o la construcción de una nueva autovía colaboran al desarrollo sostenible [7].

Partidos, formaciones y personas de izquierda lo han asumido e incorporado de manera acrítica a su discurso, bien por incapacidad teórica, así como por practicismo electoral. Por su parte la derecha y los partidos socialdemócratas utilizan esta terminología y la incluye en su discurso para calmar las preocupaciones ecológicas de parte la población, donde estarían incluidos un número importante de sus votantes, dando así un mayor contenido a las 'imágenes verdes' y abriendo nuevos campos de actuación para la acumulación del capital.

La izquierda y la derecha pueden reconocerse en la palabra mágica, los verdes pueden verla como prueba de la legitimidad social de sus denuncias y los productivistas como confirmación de que, en lo esencial, sus prioridades no requieren más que algunos ajustes. La buena nueva actúa en este doble frente: desarrollo es la reafirmación, el recordatorio de que el camino seguido ha sido acertado; sostenible es la promesa de un futuro sin restricciones ni decadencias. Así se establece su marco y su función ideológica.

Se hablará de sustentabilidad después del desarrollo, **García**, 2005

Es más, como sostiene **Redclift** (1996), conforme el debate de la sostenibilidad iba tomando más fuerza, calando en la opinión pública y generando apoyos sociales, siguiendo la hegemónica lógica de la ortodoxia neoliberal, poco a poco y de manera no siempre solapada se fueron cambiando las prioridades ambientales de la expresión desarrollo sostenible por las preferencias del mercado, iniciándose así una línea -a veces aceptada de manera acrítica- en la que la sostenibilidad cabía perfectamente en las políticas económicas y los planes de desarrollo existentes.

3 Churras por merinas

Desde las estructuras de poder (gobiernos, organismos estatales y supranacionales políticos –ONU, UE-, económicos –FMI, BM, OMC- y sociales –ONGs-, etc) así como desde las empresas -especialmente las más involucradas con el actual modelo de producción y consumo- se alerta continuamente sobre los peligros del cambio climático y se nos ofrecen supuestas cuando no falsas soluciones parciales [8], casi siempre acompañadas de servicios y productos que reducirían la contaminación y que supuestamente podrían frenar o ralentizar ese avance; pero que, con toda seguridad, abren nuevas perspectivas de negocio y de inversión.

Un claro ejemplo es el de la *certificación forestal* [9] que lejos de asegurar la conservación de los bosques como hábitats ecológicos y humanos, se puede

convertir en uno de los protagonistas de la deforestación mundial ya que, hoy por hoy, parece estar favoreciendo el mercado de la madera dominado por los intereses de las grandes industrias que se está llevando a cabo sin tener en cuenta los múltiples usos, valores y sentidos que tiene el bosque para los pueblos indígenas y las comunidades rurales, por lo que no deja de ser una imposición dominante de mercantilización de la naturaleza y que supone una forma de violencia cultural y económica (Van Dam, 2002). Lo que está dando lugar a que se produzcan protestas porque los pobres necesitan de manera inmediata para su propia supervivencia los servicios que les da la naturaleza y no porque sean ecologistas en el sentido que en occidente se le da a este término, aunque si lo son en el más auténtico significado del ecologismo que es el de ligar la necesidad de la naturaleza y su conservación con la propia vida humana lo que implica una nueva relación del hombre con aquella.

Al mismo tiempo se ocultan y/o se tergiversan las verdaderas causas de ese cambio climático[10] y no se pone de manifiesto que se están trascendiendo los límites de la capacidad del planeta con la expansión sin fin de un modo de producción basado en el uso ilimitado de los combustibles fósiles y de otros recursos naturales como el suelo y el agua y con la expansión del modelo urbano-agro- industrial consistente, en primer término, en una urbanización acelerada y dispersa, despilfarradora de suelo que trae consigo un incremento del uso de combustibles fósiles y de la transformación del suelo en mercancía[11]. En segundo lugar este modelo se basa en una agricultura y una ganadería industrializadas y destructivas del medio natural[12], tanto en su relación con la tierra, con la destrucción de la biodiversidad y el envenenamiento del suelo y el agua, como, de nuevo, en el uso desmesurado de los combustibles fósiles en fertilizantes y transporte[13]. Este modelo de producción agrícola fue exportado con el nombre de 'revolución verde' a zonas de Asia, continente donde algunos dicen que triunfó pero, donde con un aumento de la producción que favoreció solamente a la clase de agricultores ricos, trajo graves consecuencias sociales, de sostenibilidad ambiental y de pérdida de la biodiversidad. Es, por tanto, una exportación del modelo de producción agroalimentario capitalista que puede ser considerado como antisocial e insostenible.

Antisocial en cuanto que la revolución verde favoreció únicamente a una capa de agricultores que tenían posibilidades para adquirir lo que ella ofrecía, es decir semillas mejoradas, abonos químicos, pesticidas y utilización de agua y sistemas de riego más o menos sofisticados. Es cierto que la llamada 'revolución verde', aumentó la producción, pero millones de campesinos en Asia debieron de abandonar la actividad agrícola y emigrar a las grandes ciudades, donde en algunos casos encontraron trabajo como fue el caso de Taiwán, Corea del Sur, India... en plenos procesos industrializadores. Y quienes no lo encontraron malviven con trabajos informales en las calles de Manila, Calcuta, Bangkok, Karachi, etc....., nutren los barrios miserables de estas grandes ciudades, inhumanas ciudades asiáticas. En África hay países en los que un 80% de su población vive de la agricultura. Un proceso como el de la revolución verde puede desplazar a millones de campesinos que no serán "altamente productivos" a unas

ciudades en donde no hay ni sector industrial que los pueda absorber ni sector de servicios.

Insostenible. Es totalmente imposible que las agriculturas del mundo imiten y reproduzcan el modelo existente en los países industrializados. La agricultura intensiva, mecanizada y motorizada, consumidora insaciable de abonos químicos y de pesticidas, que funciona con semillas híbridas, que precisa de riego para conseguir altos rendimientos, que alimenta a sus granjas de animales con piensos compuestos elaborados esencialmente con granos, puede interesar a las multinacionales del sector, pero no puede aplicarse a todo el mundo y en todas partes pues sencillamente agotaríamos los recursos que hoy la hacen posible. Hay que recordar que solamente el 2,5% de los agricultores del mundo aplican este modelo de agricultura; el resto trabaja con tracción animal o con útiles manuales, no aplica abonos químicos ni pesticidas, ni adquiere semillas mejoradas híbridas o transgénicas, ni sus animales tienen el privilegio de comer grano con el que dar un alto índice de conversión. Son demasiado pobres.

La revolución verde no es solución para África, **Moreno**, 2008.

Este análisis puede ser aplicado a lo que ahora está ocurriendo con los Organismos Modificados Genéticamente (OMG), conocidos como transgénicos, instrumentos de dominación del capital de las grandes industrias agroquímicas (como Monsanto) con graves consecuencias ambientales y de destrucción de la biodiversidad que se disfrazan como panaceas contra el hambre. Modelo agroalimentario que es un causante directo y, en algunos casos el principal, del hambre y la pobreza en amplias zonas de, por ejemplo, África o América Latina. Modelo que no es aceptable ni social ni ecológicamente.

Por último, el modelo industrial del capitalismo global se sustenta en la mundialización y la extensión a todos los lugares del planeta del crecimiento sin límites, tanto de la producción como del consumo.

En la agricultura moderna como en la industria urbana, el crecimiento de la producción y de la cantidad de trabajo ejecutado se hace al precio de la destrucción de amplios espacios y del deterioro de la fuerza de trabajo por enfermedad. Por otra parte, todos los progresos de la agricultura capitalista son progresos en el arte de robar, no sólo a los trabajadores sino también al suelo; cualquier progreso referido al incremento de la fertilidad del suelo por un tiempo dado, es un progreso hacia la ruina de los fundamentos mismos de la fertilidad. Cuanto más un país inicia su desarrollo a partir de la industria moderna -como Estados Unidos, por ejemplo-, tanto más rápido es ese proceso de destrucción. La producción capitalista, por consiguiente, desarrolla la tecnología... sólo que lo hace destruyendo la fuente original de la riqueza: el suelo y el trabajador.

El Capital, **Marx**, 1867.

Paralelamente, ante la disminución de las reservas mundiales de combustibles fósiles -base energética del actual modelo de desarrollo-, el capitalismo busca fuentes de energía alternativas, como los agrocombustibles, o recurre a

desenterrar fórmulas ya conocidas como la nuclear, las centrales térmica -de carbón, de gas o de ciclo combinado- o las grandes centrales hidráulicas, todas ellas utilizadoras masivas de capital, destructoras de la biodiversidad y del territorio; en definitiva, más de lo mismo[14]: destrucción de la naturaleza ya que el capitalismo no puede existir sin crecer, ni sin expandirse espacialmente.

El modelo económico capitalista, en su esencia, lleva la necesidad de apropiarse de los bienes naturales (como la tierra, el aire, el agua, el material genético, etc) en lo que, siguiendo la terminología de **Harvey**, (2003) podríamos decir que es una «acumulación por desposesión» de bienes que pertenecen no sólo a una sociedad determinada, sino a toda la humanidad, la actual y de las generaciones venideras, al propio planeta.

«Acumulación por desposesión» es lo que tiene lugar con la privatización de activos, bienes y servicios públicos -sanidad, educación, ferrocarriles y transporte aéreo, suelo público, agua[15], etc- o con la vuelta al dominio privado de derechos sociales ganados por los trabajadores mediante la lucha de clases como, por ejemplo, el derecho a las pensiones estatales o a los sistemas nacionales de educación, salud y servicios sociales. Sin olvidar que la contaminación producida por la actividad industrial, agrícola y urbana, no deja de ser una forma diferente de apropiación de recursos tales como el agua, el suelo o la atmósfera, es decir recursos comunes.

4 Capitalismo `verde'

Para el capital, que por su propia esencia no puede reconvertir los procesos, las reglas del juego económico vigentes resulta política y económicamente rentable invertir en `imagen verde'. Esa imagen verde se usa incluso para vender como `ecológicos' y elementos de lucha contra el cambio climático nuevos sectores productivos a los que se destinan fuertes inversiones procedentes del excedente de capital de, por ejemplo, las petroleras; y que como el de los biocombustibles (muchos de los cuales deberían denominarse *agrocombustibles* ya que no es otra cosa que una transformación de alimentos en combustible para seguir manteniendo el ritmo de expansión capitalista[16]) constituyen uno de los sectores de producción más agresivos para el medioambiente y cuya generalización está ya afectando directamente a la alimentación humana.

Con la intensificación de la producción de agrocombustibles a partir de especies como la soja, el maíz, el girasol, la caña de azucara o la palma, y bajo una careta de defensores del medio ambiente, quienes han contribuido a la mayor destrucción ecológica de la historia, abren un nuevo espacio de obtención de beneficios aunque con ello se destruyan territorios enteros hasta ahora destinados a la producción de alimentos, o se arrasan miles de Has de selva virgen comprometiendo no sólo la biodiversidad sino también la producción del oxígeno que respiramos.

La justificación se fundamenta en una realidad cruda: la contaminación del medio ambiente. Y así, subidos a la cresta de la ola ambientalista, los mayores contaminadores del planeta lanzan su nueva ofensiva.

“Pienso que reducir y además reciclar todos los motores que consumen electricidad y combustible es una necesidad elemental y urgente de toda la humanidad”.

“...présteseles financiamiento a los países pobres para producir etanol del maíz o de cualquier otro tipo de alimento y no quedará un árbol para defender la humanidad del cambio climático”.

“las tierras dedicadas a la producción directa de alcohol pueden ser mucho más útiles en la producción de alimentos para el pueblo y en la protección del medio ambiente”.

La "sinistra idea de convertir alimentos en combustible". **Fidel Castro** 2008

En otras ocasiones, esa imagen verde es usada simplemente como parte del *marketing* de las empresas (no tenemos más que ver los anuncios televisivos de Endesa, Repsol, etc; la autodenominada por sus creadores publicitarios 'energía verde' de Iberdrola; los productos *bio*, etc). Como ejemplo puede valer la petición de **Al Gore** en su película de que se pida a las compañías eléctricas energía limpia, verde. Otro ejemplo que podemos citar es el de las primeras medidas energéticas del presidente USA Barak Obama.

El concepto desarrollo sostenible, al mismo tiempo que se le ha ido vaciando de contenido, ha ido generando inversiones de miles de millones, cientos de acuerdos, múltiples instituciones a todos los niveles, sin embargo, el problema no para de crecer; aumento de la pérdida de biodiversidad, destrucción del territorio, aumento del agujero de ozono, empeoramiento del cambio climático, erosión y desertización y aumento del hambre y la pobreza, mientras que, simultáneamente, sigue creciendo el beneficio y la acumulación de capital.

Podríamos añadir que en ninguna de las estrategias de cooperación internacional, que se han diseñado para intentar poner freno a la expansión del desastre ecológico que está produciendo el modo de producción capitalista, se ha llegado, no ya a cuestionar realmente las causas últimas del deterioro planetario, consustanciales al modelo hegemónico de producción y consumo, sino que ni siquiera se ha puesto sobre la mesa la más mínima duda sobre la posibilidad de que este fuera un modo de producción insostenible.

No se ha mencionado siquiera en la Conferencia de Río de 1992 donde se establecieron algunos planes estratégicos de sonoros nombres como *La Carta de la Tierra*, la *Agencia 21* o la *Declaración autorizada de principios* sin un compromiso para su desarrollo y puesta en marcha. Igual ocurre con cualquier documento elaborado por organismos internacionales, incluido el *Protocolo de Kioto* tan mencionado, tan aireado y tan incumplido y vulnerado^[17].

En el lado opuesto de estas estrategias internacionales para intentar poner freno a la expansión del desastre ecológico, pretendidamente conservacionistas, nos encontramos con las políticas de la *Organización Mundial del Comercio (OMC)*, herramienta de expansión del comercio mundial que, dejando de lado palabras y los términos grandilocuentes, pone las cosas en su sitio, situando a la protección

ambiental en su verdadero lugar dentro del modo de producción capitalista, cuando en su tratado fundacional deja claro que los Estados pueden seguir aplicando políticas para la protección del medio ambiente siempre y cuando estas no se utilicen como medidas proteccionistas.

La OMC, que impulsa la expansión del comercio mundial -cuya aportación de primer orden a la crisis ecológica no puede ponerse en duda (aumento del transporte, construcción de grandes infraestructuras, expansión del modelo «urbano/agro/industrial», etc[18])- y cuyo principio es el de que «los gobiernos deben interferir en el comercio lo menos posible» intenta vender la idea de que, gracias al desarrollo y a la extensión del comercio mundial, el aumento de la producción de bienes y servicios es compatible con la protección ambiental; eso sí, siempre que las políticas ambientales de los Estados no constituyan medidas de protección comercial frente a productos de otros países.

La OMC, a través de su Órgano de Solución de las Diferencias (OSD) ha conseguido que diversos Estados deroguen leyes de protección ambiental porque, según ese órgano, suponían discriminación comercial. Esto ha llevado a que desde las organizaciones ecologistas califiquen a la OMC como impulsora de una «contrarreforma ambiental a escala planetaria».

5 Romper con todo lo anterior

Hay que romper con la indefinición intencionada de los conceptos de sostenibilidad y de desarrollo sostenible que trajo consigo un éxito inicial que aún perdura a través de la identificación del término desarrollo exclusivamente con lo económico, la asimilación con el crecimiento y la trivialización del adjetivo sostenible y que ha supuesto una aceptación acrítica de esta idea de desarrollo sostenible por gran parte de la izquierda.

Si por desarrollo se entiende el crecimiento permanente de algo físico o una aceleración sostenida por una fuerza constante, es seguro que no puede ser viable a largo plazo en el mundo físico, ya que se está eludiendo una verdad incontestable: el sistema económico es un subsistema que debe convivir dentro de la capacidad del sistema ecológico y la acumulación de capital se produce en contextos históricos, geográficos y espaciales. En tal caso, el de desarrollo sostenible sería una combinación de términos contradictorios o incongruentes entre sí, contradicción similar a la que supondría, por ejemplo, «ser vivo inmortal».

Es más, esa constante y generalizada referencia a la sostenibilidad por parte de empresas, organizaciones políticas de derechas y de izquierdas, de sindicatos y organizaciones empresariales e, incluso de organizaciones ecologistas, está sirviendo para ocultar las contradicciones que el 'desarrollo' basado en el crecimiento sin límites supone para el entorno natural y el medio ambiente. En esas esferas no se cuestiona un modelo de producción que implica unas tendencias de desarrollo que solamente pueden tener continuidad a costa de generar unos daños ambientales que pagan principalmente las poblaciones más desfavorecidas, tanto del *centro* como de la *periferia* del sistema; que conducen al

desastre ecológico y que por lo tanto, son inaceptables para la humanidad y el planeta.

“Llegará un momento de desarrollo del capitalismo en el que la degradación ambiental devenida en crisis ecológica “plante cara al ciego afán de lucro cortoplacista del capitalismo, pero es situarnos en un indeseable futuro sin quizás marcha atrás”.

“Conflictos en el capitalismo global, ciclo del capital y alternativas” **Javier Martínez Peinado. 2008.**

Modelo de desarrollo que no solamente no reduce las desigualdades, como aseguran los corifeos del capitalismo, el mercado libre y la globalización, sino que se basan y dependen precisamente del acrecentamiento de esas desigualdades y de la explotación de las clases trabajadoras y de los pueblos desfavorecidos.

Al contrario de como se viene haciendo, para que el término desarrollo sostenible no sea contradictorio en si mismo, tenemos que utilizar la idea de sostenibilidad como la política que debemos aplicar para evitar la degradación del patrimonio, el natural y el construido entendido en términos físicos, contraponiéndola a la que valora la pérdida o degradación de patrimonio solamente en términos monetarios. Tenemos que hablar de una filosofía y de una política económica diferente.

Ello es posible si por sostenible no se entiende la vaciedad de la que hemos hablado, sino la política o políticas tendentes a asegurar el que las generaciones futuras puedan vivir dignamente en este planeta frente a un modo de legitimar la continuidad del actual modelo de desarrollo y la acumulación futura de capital.

Hay por tanto que extender, especialmente entre la izquierda, la duda de que la idea de *desarrollo sostenible*", tal como se expresa en el *Informe Brundtland*, que es como se entiende y nos quieren hacer entender habitualmente y que es la que se propone desde la perspectiva del capital y de los Estados imperialistas, no constituye realmente una meta posible de lograr en el actual estadio de desarrollo del sistema económico es decir, de la globalización del modo de producción capitalista, sino que realmente es una estrategia para proseguir con la acumulación.

Estamos hablando de una modelo de desarrollo denominado sostenible que no sólo no reduce las desigualdades, sino que al contrario es la garantía de una mas eficaz distribución de la riqueza a favor de los ricos mediante el mantenimiento y el acrecentamiento de los actuales umbrales de pobreza, algo que se considera inevitable.

La idea de desarrollo sostenible expresada en el *Informe Brundtland* no sólo no cuestiona el modelo actual de producción y de desarrollo capitalista, sino que se decanta por la privatización de la naturaleza ya que ni siquiera se cuestiona el supuesto de que la crisis ecológica se debe en gran medida a la ambigüedad de los derechos de propiedad sobre el suelo y los recursos naturales que el capitalismo ha creado en su favor; al mismo tiempo que no solamente no estimula, sino que

tiende a anular el papel del Estado en la resolución de la crisis ecológica. Solamente añadir que, como dice **García** (2005):

«el balance de dos décadas de desarrollo sostenible no es para lanzar las campanas al vuelo. Se ha hablado mucho de él, pero aún no se sabe bien que significa y menos todavía como medirlo. Las sociedades contemporáneas no muestran síntomas de la anunciada transición a un caminar más ligero sobre el planeta pero, en cambio, si abundan las señales de que la era expansiva del productivismo está topando ya con sus límites históricos».

¿Se hablará de sustentabilidad después del desarrollo? **Ernest García, 2005**

6 Buscar la otra cara de la moneda

La sostenibilidad y el desarrollo sostenible deben pasar a ser considerados, junto con el progreso -entendido este en el sentido de avanzar por el camino de la “emancipación de los seres humanos-, como unos de los pilares para construir un modelo de desarrollo que al mismo tiempo que igualitario y emancipador, tenga un consumo material y energético y una producción de residuos que no superen la capacidad de carga de los ecosistemas y, por lo tanto, «no comprometa [ahora de verdad] la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades» o, con otras palabras, sea «condición inalienable para la existencia y reproducción de la cadena de generaciones humanas».

Ello implica, por una parte una visión global e integrada del actual modelo de producción y, por otra, un cambio de orientación en el *cómo, cuánto, para qué y para quienes* se ha de producir en el futuro; cambio de orientación y de lógica productiva, económica, política y social que debe ir acompañada en el presente, en los momentos actuales, por un compromiso social y político/institucional para que las actuaciones y los proyectos sean inequívocamente favorables a esa sostenibilidad, a un progreso sostenible. Este cambio no se obtiene por si solo, sino que hay que arrancar al Estado que representa los intereses de las clases dominantes algo que, históricamente ha sucedido, y sigue sucediendo, con la conquista de los derechos sociales, políticos, sindicales y laborales. Para ello se hace necesaria unas nuevas configuraciones las fuerzas sociales que vayan obligando al capital a ajustarse a las reivindicaciones de las clases populares para ir frenando la destrucción del planeta.

Si se lleva a cabo una análisis serio de la situación en zonas como África o América del Sur -quizás paradigmas de la explotación del hombre y de la naturaleza por el capital- se llega necesariamente a la conclusión de que la lucha por frenar la crisis ecológica y por el desarrollo sostenible pasa necesariamente por la lucha para acabar con la pobreza de los pueblos.

Por ello, sostenibilidad, desarrollo sostenible o, mejor, progreso sostenible^[19] y democracia real son ideas que deben ir indisolublemente unidas; y como consecuencia directa, la participación de las personas tiene que jugar un papel decisivo en la reorientación de los intereses colectivos en favor de la sostenibilidad, “*de la existencia y la reproducción de la cadena de generaciones futuras*”. La

participación social y política es la clave para retomar que el modelo de sociedad, como proyecto, sea el de la mayoría y para acabar con el mito de la salvación por el crecimiento permanente y por lo tanto ecológicamente insostenible y humanamente insolidario y creador de desigualdades. La participación debe convertirse en un ingrediente imprescindible para que las políticas en favor de la sostenibilidad lleguen a ser una realidad y no el conjunto de unas frases vacías, o lo que es peor, o una justificación de medidas a favor de la acumulación de capital, como actualmente lo son en nuestras extenuadas democracias representativas.

La hegemonía del capital es total, tanto en la estructura económica como en la superestructura política, cultural e ideológica. Esto actualmente es indiscutible y pocos se atreven a cuestionar, nos lleva a hacernos preguntas como: ¿será cierto que el actual modelo es capaz de generar prosperidad para la mayoría de la población? ¿Por qué no aceptar este estado de cosas si la inmensa mayoría lo hace?

Preguntas ambas con varias respuestas que deben buscarse en función de un balance completo no sólo monetario, sino fundamentalmente ecológico y social de sus costes y de sus beneficios a corto y largo plazo.

Balance que además hay que comparar con el de otras formas, más de progreso que de desarrollo, que supongan costes menores para las mayorías e iguales que los que puedan soportar las minorías que no pongan en peligro la supervivencia del planeta y aseguren «la existencia y reproducción de la cadena de generaciones humanas».

Las evaluaciones ambientales no pueden reducirse a ser medidas exclusivamente en términos monetarios y, aunque hay que corregir la contabilidad económica habitual para que refleje los costes ambientales para que reflejen de manera más real las relaciones de la producción con la naturaleza, no deben olvidarse otros conceptos de valoración como son los derechos al territorio; a la justicia ambiental y los ligados a toda la superestructura cultural que también son legítimos.

7 Evaluar el modelo desde una perspectiva diferente

La respuesta a esas cuestiones planteadas más arriba obliga a revisar los axiomas del actual orden económico, ecológico, laboral y social y verlo como algo relativo y no como el único posible, por muy racional, coherente y, sobre todo carente de alternativa que como se intenta que parezca. Buscar esa respuesta nos obliga a romper las barreras del discurso que legitima el actual modelo que asegura el proceso de acumulación de capital -cuyo excedente ya busca nuevos sectores: energía renovable, educación o sanidad, sectores en los que el capital necesita para su expansión del apoyo del Estado mediante mecanismos que posibiliten la desposesión de bienes colectivos (públicos)-, al mismo tiempo que afianza la consolidación y ampliación de su hegemonía sobre amplias capas de la población, incluidas de manera muy importante las clases trabajadoras[20].

Esa es la única forma de hacer un balance objetivo y no condicionado por la ideología dominante del actual modelo de producción, que es a lo que se limita el discurso hegemónico del capital y de sus representantes políticos: PP y PSOE en el plano estatal, o CiU, PNV y otros en la esfera nacionalista.

Un balance completo y global de un modelo económico no puede ser evaluado basándose solamente en las plusvalías obtenidas, cuantificadas en las rentas inmobiliarias, en los puestos de trabajo creados y en los niveles de consumo, indicadores ambos que, con el cambio de ciclo económico manifestado en la crisis que acaba de comenzar, están mostrando una caída de esas rentas y un aumento del desempleo.

Para realizar un balance completo, real y objetivo y no parcial y sesgado, de cualquier modelo económico y social, hay que contabilizar, además de los costes económicos, los costes ecológicos, los sociales y los laborales, los de calidad de la vida y del trabajo y la estabilidad o falta de ella, así como los costes de la salud laboral y ciudadana. Hay que calcular el coste de un modelo de producción basado en los servicios, en el urbanismo arrasador del territorio, en la creación de infraestructuras socialmente innecesarias y que, al mismo tiempo que necesitan grandes cantidades de capital, demandan poca mano de obra, generando por lo tanto relativamente poco empleo.

Son costes muy concretos, calculables, que afectan directamente a la vida diaria de la inmensa mayoría de la población urbana -especialmente a la de las clases trabajadoras- o de la población que habita en unas localidades cada vez más alejadas de las ciudades perdiendo con ello calidad de vida y generando costes ambientales -en contaminación, uso de combustibles fósiles, ocupación del territorio, etc- cada vez más altos. Son unos costes que recaen sobre las espaldas de los trabajadores, cuya fuerza de trabajo ha generado las plusvalías y los beneficios del capital.

Un tipo de análisis que tenga en cuenta los factores anteriormente mencionados y que introduzca la compatibilidad medioambiental como una variable obligatoria (por imprescindible) en la evaluación del modelos de desarrollo, permitirá definir otras causas y efectos del modelo actual de desarrollo, diferentes a las actualmente consideradas exclusivamente, así como de los costes de sus efectos sociales y ecológicos, permitiéndonos hacer balances más completos y realistas y establecer comparaciones, imputar mejor costes y contrastar beneficios, sobre todo a medio y largo plazo entre este y otro modelo[21].

En el caso concreto de España, hay que evaluar, en función de su propia estabilidad económica, social y ecológica, el modelo de desarrollo basado por una parte en el motor constructor inmobiliario, sumido ahora en una crisis y, por otra, en el de un consumo interno desorbitado y basado en la captación del ahorro privado familiar para dirigirlo a la obtención de beneficio de sectores productivos cerrados y muy oligopolizados. Modelo que está demostrando su inviabilidad económica, social y ambiental.

8 Capitalismo, naturaleza y ecología

El capitalismo, tanto como forma de detentar la propiedad de los recursos y de los medios de producción, como sistema de relaciones de producción, de relaciones entre los hombres y las cosas o entre el Estado, es un sistema que, a fin de mantener su objetivo esencial de acumulación incesante, necesita una expansión continuada, tanto en términos de producción total, de eliminación de otros sistemas de producción -por ejemplo el campesino- como en términos espaciales y geográficos.

Se puede alegar y así lo hacen los defensores del sistema -partidos políticos, intelectuales, medios de comunicación y, por supuesto empresarios y corporaciones empresariales-, que tanto la expansión como la conquista de la naturaleza existían antes de los comienzos del sistema capitalista en el siglo XVI. Pero en los sistemas anteriores al actual, ni esa expansión, ni ese derecho, que el capitalismo casi ha convertido en deber, de conquistar la naturaleza eran prioritarios para la propia existencia del sistema. Lo que el capitalismo históricamente ha hecho ha sido poner en primer plano la expansión real y su justificación ideológica, permitiendo a sus protagonistas dejar de lado las objeciones sociales y ambientales a este terrible *duetto*.

Esta es la diferencia entre el capitalismo y los sistemas anteriores. En la segunda mitad del siglo XX los ecosistemas se han deteriorado a una velocidad no conocida en ningún otro período de la historia; un proceso de deterioro que sigue acelerándose en los primeros años del siglo XXI, provocando el aumento y el agravamiento de la pobreza de una gran parte de la humanidad, que es expulsada de sus territorios, bien a causa del deterioro de sus hábitat y a la destrucción de sus formas tradicionales de vida, bien por medio de la violencia y la complicidad de los estados como es el caso de lo que podríamos denominar “nuevo colonialismo agrícola”; proceso mediante el cual corporaciones industriales como TaTa, Daewoo y otras están adquiriendo terrenos rurales de África y América Latina para la producción de cultivos industriales, deforestando grandes extensiones y acabando con la biodiversidad agraria de esas tierras. Adquisiciones que se realizan en contra de la voluntad de los campesinos que los habitan gracias al apoyo de gobiernos títeres como el de Madagascar que no dudan en emplear la fuerza represiva del Estado para expulsar de sus tierras a sus habitantes tradicionales y legítimos propietarios que se ven empujados a vivir en los suburbios de las ciudades.

Aunque la tendencia a esa degradación global -que está haciendo imposible la reducción de la pobreza, la erradicación del hambre y la mejora de la salud y el acceso a los servicios básicos para una buena parte de la humanidad- podría ser parcialmente frenada si se acometiesen profundos cambios estructurales económicos, políticos y sociales, de momento estos cambios no se están produciendo, por lo que la humanidad camina de forma obstinada hacia el colapso.

Gracias a su hegemonía económica, política cultural e ideológica, el capital ha logrado trasladar e implantar en la conciencia de una mayoría social que la

democratización, al estilo occidental, del sistema político lleva aparejado un desarrollo económico y una mejora en el nivel de vida; esta opinión generalizada en nuestra sociedad y extendida mundialmente debería ser, cuanto menos, cuestionada. Si a esto unimos el hecho de que son precisamente las grandes potencias, adalides de la mundialización de la democracia occidental[22], las que representan a todas luces la antítesis de la sostenibilidad -incluso entendida ésta en su sentido vago y ambiguo antes comentado - nos damos cuenta no sólo de la escasa relación entre ambos factores sino de la contradicción entre ellos si no se tienen en cuenta otros de mucha mayor relevancia como son el modelo económico vigente y las políticas económicas de corte neoliberal implementadas e impuestas por las potencias imperialistas, tanto mediante la vía del chantaje de los organismos económicos supranacionales como por el camino de la intervención militar cuando lo otro no es posible.

La economía capitalista en su fase mundializada (globalizada) sigue extendiéndose con una velocidad que desde el punto de vista del porvenir de la humanidad y del planeta podemos calificar, cuando menos de imprudente e irresponsable. Pero ¿qué podemos esperar si la democratización[23] de gran parte del mundo implica que esta expansión no solamente no es rechazada sino que, por el contrario, cuenta con una aceptación popular mayoritaria? Aceptación comprensible y que se está haciendo más popular que nunca ya que hay cada vez más personas reclamando sus legítimos derechos a un trozo del pastel (porción que por muy pequeña que sea exige necesariamente más producción) lo que hace que no sea solamente el capital, para poder realizar su continuo proceso de acumulación, el que desea que se acelere esa expansión.

¿Podemos imaginar un planeta con más de seis mil millones de habitantes en el que cada familia poseyera el número de coches que se tienen en las familias europeas o estadounidenses? ¿Podemos también siquiera imaginar que pueda haber un mundo de seis mil millones de personas consumiendo carne de vacuno a los niveles en que se consume en EEUU o en la Unión Europea? El consumo de petróleo se dispararía (una caloría de alimento producida precisa de entre cinco y diez calorías de combustible) y no habría superficie para cultivar cereal suficiente con que alimentar tanto ganado, por no hablar del impacto que sus gases producirían en el efecto invernadero (en Nueva Zelanda son la primera causa de emisiones generadoras de cambio climático). Si la forma de alimentarse existente tanto en EEUU como en la Unión Europea -modelo que desde el complejo agroalimentario se ha generalizado en el mundo occidental y se introduce con cierto éxito en los países emergentes o en vías de desarrollo- se extendiera al conjunto de la población mundial, las reservas de petróleo se agotarían en un breve periodo de tiempo. Además, sería insostenible; el planeta no lo soportaría.

La idea de que calidad de vida va ligada a consumo se ha generalizado al conjunto de una sociedad -incluyendo de manera muy importante a las clases trabajadoras y a sus representantes- a la que, a través de los mecanismos de la dominación hegemónica del capital, se le ha convencido prácticamente de que la única manera

de mejorar su calidad de vida es mediante la expansión económica que supone el crecimiento sin límites.

A diferencia de otros momentos históricos, en el capitalismo y especialmente en su fase avanzada del imperialismo, el nivel de degradación del entorno natural es tan grave que apenas queda espacio para arreglar la situación mediante la exportación a la periferia ya que la mundialización capitalista hace que el proceso tenga lugar a escala mundial. Por eso, para analizar la situación se hace necesario volver a los orígenes, tratar el deterioro ambiental, la degradación del planeta, el cambio climático; en definitiva la crisis ecológica, como un tema de economía política y, por lo tanto, pensar en soluciones ligadas a opciones éticas y políticas.

Mientras que los sistemas anteriores al capitalismo transformaron la ecología y algunos llegaron a imposibilitar un equilibrio viable que asegurase la supervivencia del sistema en áreas concretas[26] -lo que constituye una de las teorías que intentan explicar la desaparición de civilizaciones como la de los mayas- solamente el capitalismo y, más expresamente el mundializado, está constituyendo una amenaza para la existencia futura de la humanidad y del planeta ya que ha sido el primer sistema histórico que, englobando toda la Tierra, ha expandido su producción y la población a límites inimaginables.

Ello se debe a que el capitalismo ha logrado hacer ineficaz la capacidad de otras fuerzas para imponer límites a sus actividades. Bajo la fachada de la racionalidad del mercado se encuentra el inmenso poder destructivo implícito en el modelo de producción capitalista y, junto con sus inmensas capacidades creativas para revolucionar las fuerzas productivas, la burguesía ha resultado ser «la clase dominante más violentamente destructiva de la historia» (Berman, 1983). En base a los valores de la acumulación del capital, es incapaz de contener la destrucción ecológica que se ha convertido en uno de sus principales dilemas actuales y que no puede resolver.

Se podría, por tanto, determinar que las contradicciones entre economía y ecología alcanzan su máximo exponente con el modelo de producción vigente, el del modo de producción capitalista, alcanzando su punto álgido en la fase actual de globalización capitalista, donde las contradicciones ecológicas generadas por las sociedades industriales que están llevando al planeta a su destrucción, están alcanzado su máxima y más peligrosa expresión.

Uno de los límites, no el único, que pueden existir a la culminación del proceso económico capitalista, o lo que es lo mismo, de realización del valor es el de la sostenibilidad en términos ecológicos del consumismo ya que “nunca tan pocos gastaron tanto y nunca tantos tuvieron que vivir endeudados para consumir febrilmente lo (relativamente) innecesario”

“Conflictos en el capitalismo global, ciclo del capital y alternativas”. **J. Martínez Peinado. 2008.**

9 ¿Cómo salir? La versión romántica y la técnica

La mayoría de los habitantes del planeta –los de los países pobres con toda razón–, piensan y sienten que el único camino para mejorar sus vidas es el de tener cada vez un mayor y mejor acceso a bienes de uso y consumo –aspiración justificada en los países pobres pus aspiran a los que son necesarios para su supervivencia- y que ello sólo es posible mediante la continúa expansión económica que supone un crecimiento sin límites. Este hecho incontestable no es óbice para que muchas, cada vez más, de esas mismas personas quieran también que se detenga esa degradación del entorno natural. Sentimiento que cada vez se extiende más entre los ciudadanos, como trabajadores y como consumidores, de los países desarrollados[24].

Junto a él, pero con raíces sociales y económicas muy distintas, ese sentimiento también existe en un campesinado que ve desaparecer su tradicional modo de vida[25] y que es expulsado de sus tierras y enviado a la miseria de los extrarradios de las grandes ciudades donde se configuran como reserva de mano de obra asalariada. Campesinos que pasan a ser explotados como trabajadores y como consumidores por parte de grandes empresas capitalistas -complejo urbano/agro/industrial- que, con su uso avariento de la tierra son esquiladoras y agotadoras de suelo y de otros recursos naturales como el aire, el agua o los bosques y generadora de los más altos niveles de contaminación urbana y rural jamás conocidos.

Esto constituye una contradicción más del sistema histórico actual, concretada en que mientras que cada vez más personas quieren tener más árboles, mejor calidad del aire y del agua... más naturaleza, también desean un número cada vez mayor de bienes materiales, que para conseguirlos es necesario más combustible, utilizar un número cada vez mayor de recursos naturales, más uso del territorio y más degradación del planeta.

Y ambas cosas -mas naturaleza y más producción- las queremos, las deseamos sinceramente, separando en nuestras mentes ambas reivindicaciones, incluso luchando por ambas al mismo tiempo.

Una argumentación extendida entre quienes no quieren que las cosas sigan así es la que consiste en contraponer a la creación de riqueza material y de empleo, supuestamente inherente a la expansión, el romanticismo ecologista, o dicho con una expresión más extrema, tener que elegir entre la especie humana y la naturaleza[27]. Pero, como señala **Foster**, no se pueden contraponer *egocentrismo* y *antropocentrismo* -naturaleza y especie humana- puesto que hombre y naturaleza evolucionan conjuntamente.

“Solo conocemos una ciencia: la ciencia de la historia. La historia puede contemplarse desde dos perspectivas: puede dividirse en historia de la naturaleza y en historia del hombre. Pero estos dos aspectos no deben verse como entidades independientes. Desde que existe el hombre, éste y la naturaleza se han afectado mutuamente”.

La ideología alemana. **K. Marx y F. Engels**. 1845-1846

Desde una óptica diferente, muchas personas, así como organizaciones ecologistas y partidos de izquierda, comprometidas con la lucha ecologista, mantienen la posición de que se puede evitar la degradación total adoptando medidas técnicas ahora que permitiría ahorrar la adopción de otras muchas después, alcanzando así un desarrollo sostenible, expresión que como ya hemos visto implica una contradicción en si misma. Pero este punto de vista que podríamos definir como de *ecologismo reformista* choca con la propia esencia del capitalismo ya que esas medidas paliativas, si son lo suficientemente serias y eficaces como para evitar, reparar en su caso o al menos contener el daño, amenazarían por sus costes, la posibilidad de una continúa acumulación de capital[28].

Con una o con otra visión, la romántica o la técnica y reformista, la atención queda desplazada de la raíz genérica del problema que no es otra que el de la propia sustancialidad del sistema de producción capitalista, ya que la fuente está en la destrucción ecológica es la necesidad de externalizar los costes de producción de las empresas haciendo recaer una parte de estos en la naturaleza, provocando su degradación (hecho que se acrecienta en el tiempo y en el espacio con el proceso de globalización) y haciendo imposible desde la óptica capitalista la adopción de medidas que hagan la producción ecológicamente sostenible.

Por el contrario, una visión verdaderamente *verde* tiene que ser, como dice **Jaime Pastor**, «radical en su crítica de las bases materiales sobre las que se sustenta esa alienación humana respecto a la naturaleza y que hoy exige no solo la ruptura con el capitalismo» o dicho de otra manera:

“quien quiera seriamente dar una respuesta viable a la pretensión de conservar la civilización, tiene por fuerza que poner en cuestión el presente sistema económico que no se orienta a la sostenibilidad”.

Siete respuestas de Die Linke (La Izquierda) a la crisis climática y energética

Capitalismo y ecología son términos opuestos. Puede haber políticas ambientales de derechas -si a las del capital con su discurso de un consumo más ecológico se les puede aplicar ese calificativo- y puede haber, y de hecho hay, políticas ambientales de izquierdas. Pero no hay política ecológica de derechas. Si una política es ecológica, esta es de izquierdas, a lo que podríamos añadir que si una política es económica, social y políticamente de izquierdas, es ecológica[29].

De lo expuesto hasta ahora podemos sacar una primera conclusión: tanto la vía de la actuación del reformista como la de los ecologismos *técnicos* y *románticos* tienen límites en si mismas. Ello no quiere decir que sea inútil hacer esfuerzos por avanzar por el camino del reformismo, por la senda de la investigación y de la aplicación de avances tecnológicos, de legislación y de aplicación de medidas ambientales; o no tener en cuenta las opiniones y consideraciones del ecologismos romántico (muchas veces interesantes y siempre generosas) ya que la presión política a favor de esas reformas económicas y sociales, de la aplicación de avances tecnológicos que palián la insostenibilidad, además de paliar algunos

efectos de la degradación puede hacer que aumenten las contradicciones del propio sistema ya que facilitará el que afloren los verdaderos problemas políticos en juego, siempre que estos problemas se planteen correctamente.

Al igual que **Immanuel Wallerstein** podemos decir que existen dos formas diferentes de actuar para la preservación del medio ambiente. La primera consiste en limpiar los efectos negativos de una actividad productiva, eliminando los residuos no biodegradables, reciclando otros residuos, etc. La segunda consistiría en invertir en la renovación de los recursos naturales. Los movimientos ecologistas han planteado una larga serie de propuestas específicas dirigidas hacia esos objetivos. En general, estas propuestas encuentran una resistencia considerable por parte de las empresas que podrían verse afectadas por ellas ya que estas medidas son muy costosas y, por tanto, llevarían a una reducción de producción.

“La verdad es que las empresas tienen esencialmente razón. Estas medidas son, desde luego, demasiado costosas, si se plantea el problema en términos de mantener la actual tasa media de ganancia a nivel mundial. Sí, son extremadamente costosas. Dada la desruralización del mundo y sus ya importantes efectos sobre la acumulación de capital, la puesta en práctica de medidas ecológicas significativas y seriamente llevadas a cabo, podría ser el golpe de gracia a la viabilidad de la economía-mundo capitalista”.

Ecología y costos de producción capitalistas: No hay salida, **Wallerstein**, 1998

Asimismo, aún en el caso de que se establezcan legislaciones ambientales avanzadas, la aplicación real de las mismas encuentra reticencias para su aplicación efectiva por parte de los Estados y/o de las instituciones supranacionales. Así, por ejemplo, aunque la normativa ambiental de la Unión Europea es una de las más avanzadas del mundo, *Ecologistas en Acción* ha detectado que el grado de incumplimiento de la misma es muy alto y la tendencia general esta encaminada hacia unos objetivos orientativos y voluntarios, plazos laxos de cumplimiento e incluso eliminación de la ya existente (**Reyes**, 2008).

Es en esta línea en la que podemos situar la propuesta de *Die Linke* [La Izquierda] de la remunicipalización en Alemania del suministro energético. Además de las ventajas económicas y de planificación energética que traería consigo y de los ingresos que podría generar para los ayuntamientos y que podrían emplearse en servicios sociales, en mejora del transporte, etc; Esta política pondría de manifiesto que las empresas eléctricas, que ejercen un papel monopolista, estarían seriamente dispuestas a apoyar un suministro energético descentralizado y de pequeña escala. Cabe señalar aquí las `pegas' que pone por ejemplo Iberdrola para que las pequeñas plantas fotovoltaicas particulares se enganchen a su red y no sólo por el hecho de que tienen que comprar el KW/h a mayor precio que lo venden, sino también por lo que supone, si ello se generalizase de pérdida del control de la producción en favor de pequeños productores, particulares o municipales.

En un sentido similar puede inscribirse propuestas como la de que todas las nuevas construcciones incluyan instalaciones de captación de energía solar, tanto

para usos térmicos –ya obligatorio en España-, como para usos fotovoltaicos, algo que ya se ha instaurado en algunos municipios mediante Ordenanzas municipales. Independientemente de que con ello se contribuiría a disminuir la emisión de gases de efecto invernadero, sería una medida que, de generalizarse, rompería el oligopolio de las empresas eléctricas al descentralizar la producción de energía eléctrica, dando a las pequeñas instalaciones –en manos de ciudadanos individuales- un cierto control sobre cómo cubrir sus necesidades energéticas. Claro que ello implicaría –al igual que si en España se llevase a cabo esa municipalización del párrafo anterior- una modificación sustancial de la legislación que regula la distribución.

Esta propuesta está contenida en *Más allá de Kioto*, título del apartado ecológico del programa electoral de Izquierda Unida Comunidad de Madrid para las elecciones autonómicas de 2007. También está incluida en *Un programa ecológico para cambiar nuestro modo de producir, consumir y vivir*, oferta ecológica de Izquierda Unida para las elecciones generales de 2008. En el programa se plantean propuestas perfectamente asimilables por el sistema, pero que no por ello deben ser despreciadas pues colaborarían a una mejoría de la calidad ambiental; figuran propuestas como las de «promover la máxima accesibilidad», «reducir la generación de necesidades de desplazamiento y estabilizar y posteriormente disminuir el tráfico motorizado», etc; todas ellas generadoras de contradicciones en el sistema, en este caso en los sectores de transporte e infraestructuras.

Como otro ejemplo de esta actuación reformista en España podemos citar la *Proposición de Ley de ahorro y uso eficiente de la energía* que fue presentada por Izquierda Unida en el Congreso de los Diputados en enero de 2008. Iniciativa que lantea, dentro del modo de producción capitalista, una serie de importantes medidas para paliar los efectos del cambio climático, medidas, algunas de ellas, que de aplicarse pondrían asimismo de manifiesto las propias contradicciones del sistema^[30].

El papel del Estado, de lo público, es importante ya que las políticas activas públicas que tengan como objetivo el mantenimiento y la mejora ambiental y la disminución de la emisión de gases de efecto invernadero para frenar el cambio climático son políticas que pueden contribuir de manera eficaz a disminuir la velocidad de la degradación ecológica del planeta. La introducción de una *fiscalidad ecológica* además de influir en los precios con criterios ambientales puede servir para orientar tanto la producción de bienes y servicios, como su consumo en una dirección más positiva para el medio ambiente es un ejemplo de una política pública medioambiental activa, como también lo son las que fomentan el desarrollo de energías alternativas renovables; las de rehabilitación y recuperación del patrimonio inmobiliario y constructivos frente al fomento de la nueva construcción; las de invertir en infraestructuras socialmente necesarias – educativas, sanitarias, sociales, de comunicación colectiva, etc- frente a la del urbanismo desenfrenado o las infraestructuras pensadas en el transporte privado; la agricultura ecológica; las inversiones en recuperación de espacios degradados; etc...

A corto y medio plazo esa vía de actuación reformista que se ha demostrado agotada como camino hacia un cambio social, pero cuya aplicación nunca debe ni se puede dejar de reivindicar, olvidar y menos despreciar, debería enfocarse a generar una ordenación del territorio y de la economía en las que, a la hora de disponer los usos y los aprovechamientos, se antepongan criterios sociales y ecológicos a los criterios meramente económicos y de rentabilidad.

10 ¿Cómo salir? Más allá del reformismo

No hace falta repetir que la supervivencia del modo de producción capitalista que está deteriorando los ecosistemas a un ritmo desconocido en cualquier etapa histórica anterior depende sobre todo de que no se interrumpa el proceso de acumulación del capital y que para ello este precisa de una continua expansión. Por ello, es el momento de plantearse si acciones y ejemplos como los anteriormente expuestos, así como cualesquiera otros que contribuyan a erradicar la pobreza y a asegurar la continuidad de la vida en la Tierra, son acciones posibles primero, y viables después, en el seno del modo de producción hegemónico, o son contradictorias con el mismo.

La relación que el hombre mantiene con la naturaleza en cada periodo histórico es consecuencia del modo de producción[31]. Por ello, vistos los límites de la opción reformista, tanto en su vertiente romántica como en la basada en que las soluciones técnicas resolverán el problema, otra conclusión a la que se puede llegar es la de que para el proceso de aceleración de la degradación de la naturaleza, de profundización de las desigualdades y de aumento de la pobreza y el hambre en el mundo, en definitiva de la crisis ecosocial, no hay solución dentro del sistema actual, entre otras cosas porque no se puede pensar que quienes crearon los problemas siguiendo la implacable lógica del capital, que no es otra que la de necesidad ilimitada de acumulación, quieran y puedan aportar unas soluciones que implicarían su desaparición.

Se hace necesario un sistema económico y social alternativo al actual que hay que empezar a construir. Un sistema que decida de forma colectiva y participativa los aspectos fundamentales del mismo, levantando la bandera de la racionalidad, de una nueva frontera para el género humano que también tiene que ser una nueva frontera para el planeta. Iniciar una senda en la que la vieja lucha por la igualdad, hoy tan vigente como nunca -y más que nunca si planteamos la cuestión de la desigualdad y de la explotación en una escala universal-, camine en busca de una solución basada en un modelo económico, social y territorial ecológicamente sustentable y socialmente más justo e igualitario[32]; siendo conscientes de que es un camino largo y apenas esbozado.

Un sistema económico, social y político que garantice que la emancipación de la humanidad de todo tipo de alienaciones y la supervivencia del planeta sea un todo indivisible.

Para comenzar a *desfacer el entuerto* del desastre ecológico, social y humano al que nos enfrentamos a escala mundial se necesita un nuevo modelo de producción basado en el control de las fuerzas productivas por la mayoría de la población. Un

control que ponga freno a las formas degradantes, expoliadoras de recursos naturales y de patrimonio, explotadoras de la fuerza de trabajo, causantes de la actual estructura económica y social, extensora geográficamente y acrecentadora socialmente de las desigualdades.

Como consecuencia de este desastre ecológico y social uno de los problemas más importantes, que algunos consideran como quizás el que más, ante el que se verá enfrentado un nuevo sistema económico, social y político será el de afrontar el reto y solucionar el problema de configurar un nuevo modelo de producción y unas nuevas relaciones de propiedad que satisfaciendo las necesidades de la humanidad en ese momento comprometa, asegure y mejore la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades; el problema de la relación metabólica -según la terminología usada por **Marx** en *El Capital*- entre los seres humanos y la naturaleza, en las condiciones industriales heredadas de la actual sociedad capitalista.

Estamos hablando no de una sociedad que se desarrollará sobre su propia base, sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos (en el económico, en el ecológico, en el moral y en el intelectual) el sello de la sociedad de cuya entraña procede; una sociedad en la que los problemas ecológicos derivados del modo de producción capitalista, perdurarán más allá del capitalismo -si es que el planeta y la humanidad sobrevive- planteando problemas que la sociedad que le suceda, la socialista (de «productores asociados» decía **Marx**) tendrá que afrontar de manera racional y urgente y actuar sobre la base de comprender y no forzar esa relación metabólica de los hombres con la naturaleza, relación que debe ser gestionada de un modo racional.

Para que esa «gestión racional de la relación el hombre con la naturaleza» pueda comenzar a convertirse en una realidad es necesario un modo de producción que vaya avanzando en la reorganización de las estructuras económicas actualmente dominantes en una dirección social y ecológica; reorganización que ha de ser de tal profundidad que llegue a las propias raíces del sistema para conducir la sustitución de esas estructuras por otras socialmente justas, políticamente democráticas y ecológicamente compatibles con la perpetuación de la vida en el planeta.

El modelo futuro al que podemos y debemos aspirar no es el de una sociedad de la abundancia[33], del derroche de recursos y de crecimiento sin límites -al menos en los términos en los que esta se concibe en el sistema capitalista en beneficio de una minoría- ya que entonces no sería otra cosa que más de lo mismo.

El futuro sólo será posible si se basa en un desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, como una «asociación en la que el libre desarrollo de cada uno no condicione el libre desarrollo de todos». Ello constituye la única opción para un progreso sostenible[34] basado en el respeto a los límites ecológicos del planeta, mediante el desarrollo de la creatividad humana -y no del determinismo

tecnológico o del beneficio del capital- y en la que se podrá afirmar que, como poéticamente expresaban **Marx** y **Engels**, «correrán a chorros los manantiales de riqueza colectiva», es decir la riqueza que cubrirá las necesidades individuales y colectivas de todos los hombres y mujeres, algo que no significa el crecimiento y producción sin límites de bienes, que sólo es posible para unos pocos y ello a costa de la destrucción del planeta y la explotación de la mayoría de la humanidad.

Por el contrario, ello significa la satisfacción de las necesidades materiales básicas y el crecimiento, este sí, de las posibilidades del *ser* de toda la humanidad: tiempo libre, salud, bienestar, enriquecimiento del espíritu, etc; frente a las del *tener*: posesión ilimitada de bienes materiales, acumulación de capital... de las clases dominantes.

Frente a la lógica capitalista de la producción por la producción de bienes de cambio; de la acumulación mediante la reproducción ampliada o de la acumulación por desposesión de las riquezas y las mercancías como fines en sí mismos, de la expansión sin límites, del consumo de recursos sin freno, la idea del socialismo es la idea de una producción de valores de uso y de bienes necesarios para la satisfacción de todas las necesidades humanas; siendo conscientes de que una sociedad en la que lo que predomine no sea el valor de cambio sino el valor de uso, las necesidades no pueden expandirse sin límite. Socialismo que no tiene nada que ver con el sistema soviético y del de los que se dio en llamar «países del socialismo real» en los que nunca se inició la construcción de un modelo de desarrollo alternativo al capitalismo.

Dado que la sostenibilidad ecológica es imposible sin un equilibrio económico y social, es necesario transformar las relaciones socioeconómicas y socio ecológicas de producción. Por lo que, desde una concepción humana y por lo tanto social, se hace urgente otro orden económico alternativo al capitalismo donde la producción no sea excluyente de la sociedad y de la naturaleza, si no que, por el contrario, sea incluyente de ambas; un modelo económico en función de la vida y su reproducción y no en función de la obtención del beneficio y de la reproducción del capital ya que la racionalidad de este último atenta directamente con la conservación de la naturaleza y, por lo tanto, a la salud y a la vida misma, tanto de las generaciones actuales como de las futuras.

Modelo de desarrollo que, por el contrario, debe combinar un alto índice de bienestar y progreso humanos con la generación de una baja huella ecológica, lo que no supone otra cosa que combinar progreso y bienestar con el menor uso posible de los recursos no renovables (combustibles fósiles) y de los recursos naturales (suelo, agua, aire...), uso que nunca debe superar la capacidad de regeneración de los mismos. Un objetivo a perseguir para los países desarrollados debería ser el de seguir viviendo bien dejando de lado el imperativo de que, para hacerlo es necesario el crecimiento económico.

Por muy socialistas que nos denominemos, por muy colectiva que sea la propiedad de los medios de producción... si seguimos pensando -y haciendo que- el coche privado, o el aire acondicionado, o los trenes de alta velocidad sean

esenciales para nuestro bienestar y para nuestra vida, seremos incapaces de construir una sociedad igualitaria, no opresora de otros y no destructora de la naturaleza porque se trata de bienes, de valores de uso «no comunistas»[35].

Las sociedades humanas no son sistemas aislados en el tiempo, son sistemas históricos. Lo que ocurra en un estadio de desarrollo o en una generación condiciona necesariamente a los que les sustituyan, al igual que los que le precedieron condicionaron a aquel y a aquella. Por ello, nunca podremos ni deberemos hablar de que si llevamos a cabo tal o cual acción, si aplicamos tal o cual política, o hacemos esto en lugar de lo otro, seremos capaces de dejar nuestro planeta a las generaciones venideras tal y como está en la actualidad ya que cualquier cosa que hagamos o que dejemos de hacer condicionará en una dirección o en otra las opciones de futuro de las generaciones que nos sucedan.

La transición a un nuevo modelo de sistema económico no traerá consigo de manera automática un modo de producción sostenible -en su acepción socialista y no capitalista-, por el contrario el modo insostenible en el que está organizada la producción en el sistema capitalista generará serias dificultades y graves problemas ecológicos a cualquier sociedad que intente construir el socialismo y, en este sentido, se ha de tener muy en cuenta que, aunque la crisis ecológica va implícita en la propia esencia del capitalismo, no podemos pensar que la simple expropiación a los capitalistas de sus medios de producción para pasarlos a propiedad del Estado hace desaparecer la amenaza de crisis ecológica. El caso de la URSS y de otros países `socialistas' es paradigmático ya que en ambos el desarrollo de sus fuerzas productivas fue prácticamente idéntico -y en muchos casos más salvaje- al de los países capitalistas occidentales y, como está ocurriendo en estos, esas fuerzas productivas se manifestaron como fuerzas de destrucción. Pero esa indiscutible realidad no nos puede llevar a, como dice el refrán, «tirar al niño [el socialismo] con el agua sucia de la bañera [la URSS stalinista]».

Aunque en los países del “socialismo real” las ideas orientadas y los intereses creados, entre otras cuestiones, no permitieron crear un paradigma de desarrollo alternativo al capitalismo; de ello no se puede concluir que la sostenibilidad del desarrollo que objetivamente debe ser capitalista, deba ser, así como el ecologismo, antisocialista y llevar a la renuncia de una dimensión socialmente emancipadora.

“La dimensión del desarrollo sostenible y el reto ambiental del socialismo”.
Jorge A. Salas Alfonso Universidad de Oriente. Santiago de Cuba. 2000.

Sólo una solución social y revolucionaria puede ofrecer alguna esperanza de superar las contradicciones ecológicas existentes a escala planetaria que ponen en peligro la totalidad de los sistemas de vida existentes en la tierra, el mar y el aire en el conjunto de la biosfera.

Las soluciones que en una sociedad poscapitalista puedan hacer que empiece a desaparecer la amenaza de crisis ecológica y que tanto el socialismo como la propia supervivencia del planeta sean posibles, requerirán, no solo del control y la

planificación democráticos de la producción y de la utilización de los recursos por parte de los trabajadores y de los ciudadanos sino que, además, precisará de una transformación revolucionaria de la relación que los hombres mantienen con la naturaleza. Una transformación que ponga las bases para acabar con la escisión entre las relaciones ecológicas a escala mundial y su relación con las estructuras del imperialismo y la desigualdad.

Hoy más que nunca el mundo necesita aquello por lo que los primeros pensadores socialistas incluyendo a Marx, luchaban: la organización racional del metabolismo del hombre con la naturaleza por medio de los productores asociados libremente. La maldición fundamental a ser exorcizada es el capitalismo mismo.

Imperialismo ecológico: la maldición del capitalismo, (**Foster**, 2004)

Iniciar el camino de la transición hacia un nuevo modelo de producción implica sustituir la supremacía de la sujeción a las reglas del beneficio imperantes en un sistema, en palabras de **Eduardo Galeano**, «enfermo de consumismo y arrogancia, vorazmente lanzado al arrasamiento de tierras, mares y cielos», por otro en el cual lo que prevalezca sea la satisfacción de las necesidades sociales y que esté dirigido por la voluntad mayoritaria de la población. Una transición cuyo inicio nunca podría ser la gestación de un modelo que, aunque diferente del actual, se base en el desarrollismo ya que la alternativa al actual sistema de producción capitalista y depredador de recursos nunca podrá ser compatible ni desarrollarse al mismo tiempo que un sistema de producción desarrollista.

Hay que ser realistas y ser conscientes de que estamos aún en su comienzo y los comienzos de camino son siempre inciertos, difíciles y, porque no decirlo audaces. Pero ofrecen algo que los finales nunca podrán ofertar: una promesa, una meta a la que llegar, una Ítaca a la que arribar.

Notas

[1]: En la redacción inicial de este texto colaboró **Julián Sánchez Urrea**. Aquel texto, una vez revisado, corregido y ampliado, en Marzo y Abril de 2009 ha dado lugar al presente que ha sido revisado para esta edición por **Susana Simón Tenorio**.

[2]: Este concepto ya fue expresado por **Proudhon** (1840) en su obra *¿Qué es la propiedad?*

[3]: El *Informe Brundtland* es elaborado por la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo presidida por **Gro Brundtland**, la Primer Ministro de Noruega, y en él se establece el desarrollo sostenible como método oficial para corregir los efectos de la crisis ecológica. Este informe desembocaría más tarde en la *Cumbre de la Tierra* celebrada en Río de Janeiro, Brasil, en 1992 y que a su vez convocó, diez años después, a la *Cumbre de Johannesburgo* en Sudáfrica.

[4]: Aquí cabría preguntarse ¿cuáles son esas necesidades? Por supuesto están las de alimentación, la salud, la educación y en general el bienestar. Pero comodidades como el aire acondicionado, el coche, la excesiva iluminación, la ropa de lujo... ¿son necesidades de las generaciones presentes?

[5]: «La vaguedad de esta definición de desarrollo sostenible, teniendo en cuenta que el concepto de *necesidad* es una construcción social, deja abiertas las puertas de dicho informe a cualquier acción que justifique el viejo modelo economicista de desarrollo con una nueva cosmética medioambiental (**Alonso et Sevilla**, 1997).»

[6]: Este es el caso de una parte del discurso de Izquierda Unida en España.

[7]: «Un conjunto de medidas específicas convertirán la carretera M-501 en una obra de ingeniería medioambiental única en España, con más de 18 millones de euros invertidos hasta la fecha en la protección del medio ambiente. La finalidad es conservar y potenciar las poblaciones de fauna y flora de la zona, una vez garantizada la seguridad de los conductores. Las obras de duplicación de la M-501 han ayudado a reducir los niveles de contaminación que emiten los vehículos». Texto extraído de la página *web* de la Comunidad de Madrid referido al desdoblamiento de la carretera M-501 -conocida como *carretera de los pantanos*-, proyecto que ha sido fuertemente criticado por organizaciones ecologistas y formaciones políticas de izquierda y declarado ilegal por el Tribunal Superior de Justicia de Madrid y por la Comisión Europea.

[8]: Entre estas falsas medidas podemos mencionar la *Estrategia Española de Desarrollo Sostenible* fuertemente criticada como insostenible por las organizaciones ecologistas españolas. Así como por su cercanía en el tiempo y porque incluso es tenido por un cierto modelo por algunos políticos de izquierda el *Grenelle environnement* anunciado por **Sarkozy**.

[9]: La certificación forestal es un proceso voluntario por el cual una tercera parte independiente asegura, mediante un certificado, que la gestión de un bosque se

lleva a cabo cumpliendo un conjunto de criterios y normas previamente establecidos. Lo que diferencia a las distintas certificaciones es, básicamente, los conjuntos de criterios acordados en que se basan y las organizaciones que los han impulsado.

[10]: El paradigma de este modo de actuar, por la repercusión mediática que tuvo y por su aceptación por políticos como **Zapatero**, es **Al Gore** y su *Verdad incómoda* a la que habría que oponer la 'incomoda verdad' de cuales son las verdaderas causas y los auténticos causantes del cambio climático y la crisis ecológica.

[11]: «En el plano urbanístico el suelo *artificializado* ha aumentado en los últimos diez años un 20%, mientras la población sólo lo ha hecho un 6%» (**González Reyes**, 2008).

[12]: «[...]el sistema capitalista va en dirección contraria a la agricultura racional, o que la agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista (aún cuando este último promueva el desarrollo técnico de la agricultura) y necesita, bien pequeños agricultores que trabajen para si mismos, o el control por parte de productores asociados» (**Marx**, 1867).

[13]: «La política agraria de la Unión, la Política Agraria Común, arroja un sobre uso de pesticidas, abonos sintéticos, agua y una preocupante concentración de las subvenciones en la gran producción hacia la exportación (**González Reyes**, 2008).»

[14]: La tendencia a inclinarse por este tipo de medidas aumenta en momento de crisis económica y de aumento del desempleo. Así en estos momentos de crisis *Comisiones Obreras (CCOO)* propone una salida a la crisis propugnando un crecimiento basado en actividades de gran valor añadido, hasta el punto de llevar a alguno de sus dirigentes a defender la energía nuclear. Apuesta productivista que, además de ser difícil de poner en práctica, lleva a hacerse la siguiente pregunta: ¿quién será el director y los actores de este cambio de modelo económico? Elude la cuestión de la crisis ecológica y no deja de ser un modelo que mantiene la hegemonía del capital.

[15]: El gobierno del Partido Popular de la Comunidad de Madrid quiere privatizar el agua de consumo humano de la capital y la práctica totalidad de los pueblos de esa comunidad autónoma mediante la venta -por el mecanismo de salida a bolsa- del 49% de la empresa pública Canal de Isabel II.

[16]: «Amigos, sólo se trata de hacer negocios. Porque pobres van a seguir existiendo y de ellos se tendrán que ocupar las ONG» (Héctor **Monsy Huergo**, ingeniero agrónomo y director de Clarín Rural en la feria agrícola ExpoAgro).

[17]: «La Unión Europea no va por el camino de cumplir el Protocolo de Kioto y acaba de poner en marcha un plan de lucha contra el cambio climático totalmente insuficiente que, por ejemplo, permite aumentar las emisiones a España aun más» (**González Reyes**, 2008).

[18]: «[...]todo el proceso globalizador tiene un impacto ambiental negativo en la medida en que fomenta un proceso masivo de interrelación productiva a escala

internacional, el cual genera la necesidad de construir grandes infraestructuras de comunicaciones y da lugar a un movimiento acelerado de bienes y personas sólo sostenible con un enorme derroche de materiales y energía» (Recio, 2001)

[19]: Quizás convendría comenzar a hablar más que de desarrollo sostenible, de progreso sostenible, siempre entendiendo la idea de progreso como un concepto ligado indisolublemente al de avanzar hacia la emancipación de los seres humanos.

[20]: Aquí cabría una reflexión sobre el papel que esta hegemonía cultural e ideológica del capital sobre las clases trabajadoras tiene en la pérdida de la conciencia de clase en gran parte de los trabajadores y, como consecuencia en el cambio de sentido de voto en los barrios tradicionalmente considerados *obreros*.

[21]: Modelo diferente, tanto en los modos de producción, como en los de consumo y en la propiedad de los medios de producción y que con casi toda seguridad deberá contemplar cambios en el modo y volumen del crecimiento, e incluso plantearse un posible decrecimiento.

[22]: Tipo de democracia que, aún siéndoles útil, cuando las clases populares, usando los mecanismos de esa democracia burguesa, rompen o rebajan la dominación o la hegemonía política del capital, éste no duda en derrocar y sustituir por regímenes autoritarios o dictatoriales.

[23]: Democratización que se asimila siempre a la instauración del sistema político de nuestras extenuadas democracias representativas.

[24]: Aunque con muchos matices que van desde el ecologismo político, hasta el conservacionismo ajeno a cualquier consideración social que, incluso puede llegar a tener vertientes reaccionarias.

[25]: Que incluye el control y la posesión de sus medios de producción.

[26]: «[...]el desarrollo de la industria en general se ha mostrado siempre tan activa en la destrucción e los bosques que todo cuanto se ha hecho para su conservación y reproducción resulta por completo insignificante en comparación».

[27]: Sin embargo, no hay nada más lejos de la realidad. Al igual que la economía es mucho más que gestión, la ecología es algo que va mucho más allá de lo verde, de la simple conservación de las especies y de los espacios naturales. La ecología, igual que la economía afecta directamente a la libertad, a la igualdad y al bienestar de las personas. Quien más sufre la degradación del planeta son las clases más pobres de los países más pobres y más agredidos ecológicamente, y dentro de ellas, los colectivos más desfavorecidos, como las mujeres. Unos y otros son los más explotados por el capital y los que sufren una agresión mayor como consecuencia de los desastres ecológicos producidos por la explotación que el capital hace de hombres, mujeres, niños y recursos naturales.

[28]: La fórmula de *Die Grünen* (Los Verdes alemanes) de una economía verde de mercado es un placebo. (*Siete respuestas de Die Linke (La Izquierda) a la crisis climática y energética*).

[29]: En este sentido no sólo no es necesario renunciar a la teoría marxista, sino que esta es imprescindible para elaborar una política que quiera dar una respuesta real y e progreso a la crisis social y ecológica actual.

[30]: «[...] en los objetivos de esta ley se encuadra la consecución de un modelo económico regido por niveles de consumo bajos y eficientes [...] Para obtener un grado satisfactorio de realización de estos objetivos es imprescindible apostar por la gestión y la contención de la demanda y no por el incremento ad infinitum de la oferta, como se ha venido haciendo hasta ahora». Exposición de motivos de la *Proposición de Ley de aborro y uso eficiente de la energía* presentada por IU. Ante esto cabe preguntarse si el modo de producción capitalista es capaz de subsistir disminuyendo la oferta no sólo de energía sino de cualquier otro bien o servicio.

[31]: No mantienen la misma relación con la naturaleza los indios amazónicos que los habitantes de las ciudades del centro, o estos que los de las macro urbes de la periferia del sistema. No es la misma relación con la tierra la de un campesino andino que la de un agricultor de la Unión Europea o del medio oeste de Estados Unidos.

[32]: *La solución no puede ser impedir el desarrollo a los que más lo necesitan. Lo real es que todo lo que contribuya hoy al subdesarrollo y a la pobreza constituye una violación flagrante de la ecología (...) Si se quiere salvar a la humanidad , de esa autodestrucción hay que distribuir mejor las riquezas y las tecnologías disponibles en el planeta.*

Discurso ante la Asamblea de Río de Janeiro, **Fidel Castro**

[33]: Si es que identificamos abundancia con el derroche de las sociedades occidentales actuales.

[34]: Como ya hemos señalado mas arriba, me decanto más por el término progreso sostenible en contraposición al de desarrollo sostenible ya que mientras que éste último implica una contradicción en si mismo, el de progreso lleva en sí el concepto del avance en todos los campos, tanto del bienestar, como de las libertades, de la cultura, de la emancipación y de la no alienación.

[35]: «El automóvil de propiedad privada es[...]un medio de consumo antisocial y, en cualquier caso, anticomunista[...]Llamo anticomunista a un valor de uso que en ninguna circunstancia social, cualquiera que esta fuera podría ser consumido por todos los miembros de la sociedad sin excepción» (**Harich**, 1975)

11 Referencias bibliográficas

- Alonso, A. et Sevilla, E.** (1995) El discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad, En Cadenas Marín, A. (coord.). *Agricultura y Desarrollo Sostenible*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 91-119.
- Berman, M** (1983) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Versión española de 1989, España: SigloXXI.
- Foster, J.B.** (2004) *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza* Madrid: Viejo Topo, 448pp.
- Foster, J.B. et Clark, C.** (2004) «Imperialismo ecológico: la maldición del capitalismo», *Socialist Register*, 20pp.
- García, E.** (2005) ¿Se hablará de sustentabilidad después del desarrollo?, En *Las encrucijadas de la diversidad cultural*. España: CIS, pp.279-312
- González Reyes, L.** (2008) «Política ambiental de la Unión Europea: insostenibilidad estructural», *Cuadernos Ecologistas*, Ecologistas en Acción, nº 14.
- Gordillo Ferré, J.L** (2003) «Mundialización y medio ambiente (la OMC como agente del desarrollo insostenible)», *Redur*, número 1, disponible en <http://www.unirioja.es/dptos/dd/redur/numero1/gordillo.pdf>
- Harich, W.** (1975) *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma*. Versión española Barcelona: Editorial Materiales. Citado en **Reichman** (1995).
- Harvey, David** (2003) *New Imperialism*. Oxford, New York:Oxford University Press, 243pp. Se cita la versión castellana *El Nuevo Imperialismo*. Akal, 2004.
- Harvey, David** (2004) El Nuevo Imperialismo, acumulación por desposesión. *Socialist Register*, 2004
- IU CM** (2007) *Programa Electoral de Izquierda Unida de la Comunidad de Madrid para las elecciones Autonómicas de 2007*. Disponible en <http://www.iucm.org/>
- Marx, K.** (1867) *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Volúmen I. Se cita la edición XIII de la versión española de 1946 traducida por Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno Torregrosa, P.** (2008) «La revolución verde no es la solución para África», *Pueblos*, Asociación Paz con Dignidad. Disponible en http://www.revistapueblos.org/spip.php?article882&var_recherche=Revoluci%F3n%20verde%20
- Naredo, J.M.** (1997) «Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible», *Biblioteca CF+S*, disponible en <http://habitat.aq.upm.es/cs/p2/a004.html>

Naredo, J.M. (2001) «Instrumentos financiero y ecológicos para la sostenibilidad urbana», *Biblioteca CF+S*, Barcelona: 2 y 3 de mayo, disponible en <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n29/ajnar1.html>

Proudhon (1840) *Qu' est que la propriété?* Versión española *¿Qué es la propiedad?* Buenos Aires: Proyección, 1970.

Recio Andreu, A. (2001) «Multinacionales Españolas», *El Ecologista*, número 28, pp.17-19. Citado por **Gordillo** (2003)

Reichman, J. (1995) Desarrollo sostenible: la lucha por la interpretación, en *De la economía a la ecología*. Madrid: Trotta, pp. 11-35.

Sacristán Luzón. M (1983) En *Conferencias. Manuel Sacristán Luzón*. Editado por Salvador López Arnal. Rebelión (2008) Disponible en <http://www.rebellion.org/>

Salas Alfonso J.A. (2000) La dimensión del desarrollo sostenible y el reto ambiental del socialismo. Santiago (90) 2000. *Universidad de Oriente. Santiago de Cuba*

Van Dam, Chris (2002) La Economía de la Certificación Forestal: ¿desarrollo sostenible para quien?, Ponencia presentada al Congreso Iberoamericano de Desarrollo y Medio Ambiente *Desafíos locales ante la globalización*, 8 y 9 de noviembre, Quito, Ecuador.

Wallerstein, I. (1998) «Ecología y costes de producción capitalistas: No hay salida», *Iniciativa Socialista*, número 50, otoño, disponible en <http://www.inisoc.org/ecologia.htm>

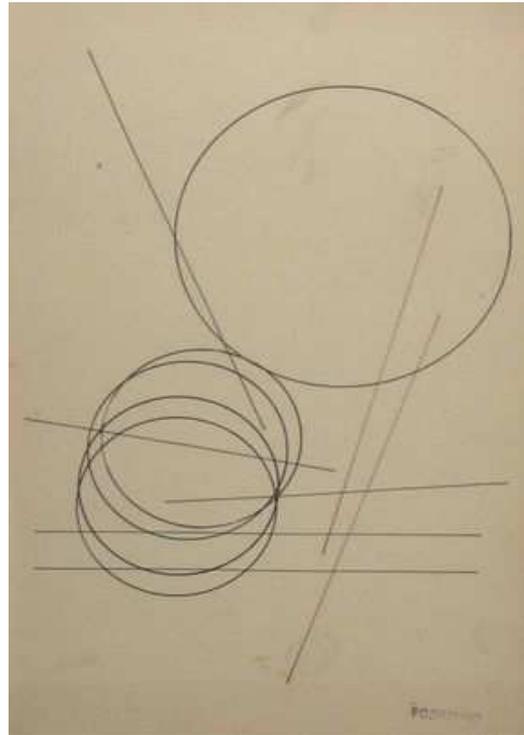


Imagen de portada:

Aleksandr Ródchenko. Formas geométricas

Aleksandr Ródchenko (San Petersburgo, 1891-Moscú, 1956) es una de las principales figuras de la vanguardia rusa del siglo XX y uno de sus artistas más complejos y polifacéticos “destruid; sed creadores” decía. Explorador en pintura de un arte sin-objeto, a la cabeza del constructivismo en la Rusia posrevolucionaria y pionero de la fotografía soviética, renunció a un arte “puro” en beneficio de la creación de un lenguaje visual al servicio de la sociedad. Defensor del movimiento revolucionario de Rusia de a partir de 1917, fue el líder del constructivismo ruso que puede considerarse el último gran movimiento de vanguardia y que se desarrolló en los primeros años tras la revolución de octubre, tiempo en el que se produjo en la Rusia Revolucionaria una explosión artística que abarcó todos los campos: pintura y fotografía, cine, poesía, arquitectura, etc...



Ediciones **“La Mira”**.

Asamblea de Izquierda Unida de Hoyo de Manzanares.
Izquierda Unida Comunidad de Madrid
Avda. Juan Carlos I, 45
28240 Hoyo de Manzanares. Madrid
LaMira.Ediciones.IU.Hoyo@gmail.com